

# **LOS RANCHOS DE VALPARAÍSO EN EL SIGLO XIX: APROXIMACIONES A UN ESTUDIO SOBRE VIVIENDA POPULAR URBANA**

**María Ximena Urbina C.**

Universidad Andrés Bello  
mxurbinac@hotmail.com

## **RESUMEN**

El tema de este artículo dice relación con el estudio del rancho de los habitantes pobres de Valparaíso durante el siglo XIX, analizado desde la perspectiva de la Historia Social Urbana. Se identifican los ranchos como el tipo de vivienda popular urbana, cuyo origen se remonta a los siglos coloniales, generalizándose en el siglo XIX. Se describe su dimensión física, su ubicación espacial en la ciudad, características del sitio, su entorno inmediato o barrio, y la precariedad de vida de sus moradores. Se reflexiona sobre las causas geográficas, culturales y de mentalidad que explican la peculiaridad de los ranchos porteños en el contexto urbano y rural chileno y su relación con la topografía de Valparaíso y los infaustos eventos naturales a que ha estado sometida la ciudad.

## **ABSTRACT**

The topic of this article is the "rancho" or shacks of the poor of Valparaíso during the XIX Century, analyzed from the perspective of Urban Social History. The ranchos are identified as the typical popular urban housing, which originated during the colonial period, and became widespread during the XIX Century. Their dimensions, spatial location in the city, characteristics of the site, their immediate surroundings or districts and the precariousness of their inhabitants. The geographical, cultural and mental causes which explain the unique characteristics of the ranchos of Valparaíso within the urban and rural context of Chile are discussed together with their relationship to the topography of Valparaíso and the destructive natural events which have affected the city.

**PALABRAS CLAVES:** Valparaíso, Ranchos, Vivienda Popular.

**KEY WORDS:** Valparaíso, "Ranchos" (Shacks or Slums), Popular Dwellings.

El objeto de este ensayo es la vivienda popular a principios del siglo XIX en la ciudad-puerto de Valparaíso, considerando que la vivienda de los pobres ha sido la menos investigada y la menos tipificada, a pesar de ser la más persistente, renuente a los cambios y, por lo tanto, la más auténtica, pero también la más frágil ante los agentes destructores de la naturaleza. Para nosotros, su atractivo radica en su espontaneidad, por ser una respuesta a la inmediatez, porque se construye de manera inconsciente siguiendo patrones ancestrales y porque se reproduce en cualquier sitio de Chile. Nos interesa, sobre todo, en Valparaíso, porque aquí adquiere peculiaridades ya que la topografía del terreno dio a la vivienda popular porteña, a la par que un ahogo en lo físico, un derroche de creatividad.

### 1. El sitio de la ciudad:

Observadores foráneos e historiadores contemporáneos concuerdan en que no hubo lugar menos a propósito para levantar una ciudad, como el sitio que ocupa Valparaíso. El Océano Pacífico apenas dejaba una estrecha franja de tierra antes de tocar los arcillosos cerros que servían de anfiteatro a la bahía en los siglos coloniales, y en este estrecho recinto se hallaban algunas bodegas, una sola calle en los albores del siglo XIX, y el puerto "reducido a una rada donde fondean los navíos tan próximos al pueblo que se amarran a tierra por la parte del sur, y por la del norte tienden regularmente dos anclas"<sup>1</sup>. Calificado como el "agujero más horrible"<sup>2</sup>, la caleta obligó a sus escasos habitantes (que sólo aumentaron significativamente al promediar el siglo XIX) a encaramarse en los cerros y

<sup>1</sup> O'Higgins, Tomás de. *Diario de viaje de Lima a Chiloé 1796-1797*. RCHHG, Tomo XCIII, 1942. Nº 101. P. 49. Este oficial español apenas pasó por Valparaíso, porque su objetivo era reconocer el territorio de Chiloé y asegurar su defensa, según encargo del Virrey de Lima, el Marqués de Osomo.

<sup>2</sup> Walpole, Federico. *Visión de Valparaíso al finalizar la 1ª mitad del siglo XIX*. BACHH, Año III, Nº 6, 1935. En: Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso. Universidad Católica de Valparaíso, 1986. P. 200.

quebradas. Su topografía era casi inhabitable, y su bahía tan abierta que dejó a moradores y navíos expuestos a los fuertes vientos del norte que regularmente se transformaban en temporales. Un emplazamiento que se contradice completamente con la tradición fundacional española en América, y que no admite punto de comparación con el contenido de las Nuevas Ordenanzas de Descubrimiento y Población, dictadas por Felipe II en 1573, que precisaban las condiciones que debía ofrecer el lugar y las normas urbanísticas que debían regular las nuevas ciudades: la elección del sitio, llano, regado y fértil, de fácil acceso y protegido, que hiciera posible la vecindad en un trazado regular de las calles, terrenos para chacras y haciendas, etc. El objetivo era el orden y la racionalidad, teniendo como centro la plaza, desde donde salían 12 calles rectas, en las que los vecinos debían levantar sus casas siguiendo las instrucciones relativas a las viviendas, para que la ciudad tuviera el carácter de tal, edificando casas sólidas techadas de tejas y no ranchos o rucas con techos de paja, ciudades antítesis del desorden y la espontaneidad propias de las áreas rurales<sup>3</sup>. Profunda impresión habría causado a Felipe II si se hubiera enterado que Charles Darwin, más de 200 años después de las citadas Ordenanzas, vio que el rostro urbano de Valparaíso “no consiste sino en una larga calle paralela a la costa; pero cada vez que un barranco abre el flanco de las montañas, las casas de amontonan a uno y otro lado”<sup>4</sup>. Valparaíso no fue regulado por la norma hasta el punto que un decepcionado ruso que llegó a nuestras costas en enero de 1837 opinó que “sólo a los ojos de moribundos, el roquerío y las tierras erosionadas en que esta horrible ciudad está construida, pueden parecer el valle del paraíso”<sup>5</sup>. En los siglos coloniales no estuvo comprendida entre las ciudades chilenas, era sólo un conjunto de casas, y tampoco tenía la categoría de villa. Pero los porteños vivían allí desde los tiempos de la conquista, a pesar de la inconveniencia del terreno, conformando un centro urbano que nunca fue formalmente fundado. Hasta 1789 era sólo un puerto - “puerta de Santiago” - sin plan, ni valle, ni río, ni tierras de labor, y bajo las órdenes de un gobernador militar<sup>6</sup>.

---

<sup>3</sup> Sobre las citadas ordenanzas ver a Francisco De Solano. *Ciudades Hispanoamericanas y Pueblos de Indios*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990. Gabriel Guarda establece una interesante comparación entre estas ordenanzas y Santo Tomás en “Santo Tomás de Aquino y las fuentes del urbanismo Indiano”.

<sup>4</sup> Darwin, Charles. *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. En: Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*, Op. Cit. P. 170.

<sup>5</sup> Chikhachev, Platon Alexander. *Visión de Chile en los tiempos del Presidente Prieto*. BACHH, Año XXXIV, 1967. Nº 77. P. 206 a 212.

<sup>6</sup> El primer “cabildo, justicia y regimiento” fue creado por decreto del gobernador Ambrosio O’Higgins de 29 de abril de 1789, cuando la población de Valparaíso era de alrededor de 3 mil habitantes.

Los relatos de algunos viajeros norteamericanos y europeos que pasaron un día o una temporada en Valparaíso nos sirven de pretexto para intentar una aproximación al tema. Valparaíso fue la puerta de entrada a Chile, y casi todos se muestran decepcionados ante el cuadro de miseria material que les ofrece la "ciudad". Anotaron en sus diarios sus impresiones y, gracias a la recopilación, traducción y presentación que hizo de ellas José Toribio Medina, hemos podido, por generaciones, utilizarlas como fuentes para los más diversos temas. Eugenio Pereira Salas valora al viajero como "interesante tipo humano [que en] el siglo XIX produjo en abundancia y calidad"<sup>7</sup>, un significativo número de relatos, crónicas, reflexiones que se han constituido en una fuente valiosa para estudiar la dimensión social y cotidiana de Valparaíso, su tono vital, incluyendo a los grupos populares, los que pocas veces son mencionados en otras fuentes<sup>8</sup>. En cambio, poco dice al respecto *El Mercurio de Valparaíso* desde su fundación en 1827 sobre los pobres y la pobreza, y los informes de gobernadores e intendentes casi no se refieren ni a ellos ni a sus viviendas. Los aspectos en que coinciden los viajeros, interesados en conocer cómo eran y cómo vivían los habitantes de estos parajes, luego de tres siglos de gobierno español, son la pobreza material, la rusticidad, precariedad y el estoicismo porteño para soportar los infortunios.

El primer tipo de vivienda levantado en la bahía de Quintil fueron las chozas provisorias de los aborígenes changos, rústicamente erigidas, probablemente con el mismo cuero de los lobos que usaban para construir sus embarcaciones, y que el alemán Paul Treutler aseguraba haber visto levantadas, todavía hacia 1850, en algunos sitios del litoral norte de Chile<sup>9</sup>. Sin embargo, resulta "imposible considerar, de acuerdo a los antecedentes que se tienen, alguna presencia urbana chango, por ser estos eminentemente nómades"<sup>10</sup> y porque sólo eran toldos desordenados,

---

<sup>7</sup> Eugenio Pereira Salas, nota preliminar al libro de Gabriel Lafond de Lurcy, *Viaje a Chile*. Santiago, Ed. Universitaria, 1970.

<sup>8</sup> Sabemos que el viajero vino condicionado por su imaginario no siempre positivo de la América mestiza. Vio lo que quiso ver. Reparó en lo extraño, en lo anormal, en lo pintoresco. Predominaron sus impresiones sobre el conjunto urbano más que en los detalles de la vivienda, aunque en ocasiones fueron certeros en describir los ranchos y sobre todo los tipos populares del Puerto. Concordamos con B. Estrada, cuando dice que los testimonios de los viajeros cuentan con "imitaciones idiomáticas, prejuicios religiosos y sobre todo las dificultades que tendrían para entender el medio diferente del suyo". Estrada T., Baldomero. "Los relatos de viajeros como fuente histórica: visión de Chile y Argentina en cinco viajeros ingleses (1817-1835). *Revista de Indias*, N° 180, Vol. XLVII, 1987: 631-666. P. 631. No obstante, sus testimonios permiten ilustrar una realidad y sirven como punto de partida para nuestras reflexiones.

<sup>9</sup> Treutler, Paul. *Andanzas de un alemán en Chile (1851-1863)*. En: Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*, Op. Cit. P. 217.

<sup>10</sup> Gómez A., Rodrigo; Morales S., Nelson. "Historia de Valparaíso a partir de su trama urbana arquitectónica". Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Católica de Valparaíso, 1986.

carentes de sentido de división territorial por haber sido estacionales y sólo lugares de recalada en la intinerancia pesquera practicada por este pueblo. No hubo urbanismo preexistente.

## 2. Las primeras casas:

Valparaíso fue una caleta de ranchos y chozas desde la llegada del Santiaguillo. Y así se mantuvo durante el Período Colonial. En 1712 la población estaba compuesta de “un centenar de pobres casas, mal dispuestas y de diferentes niveles”<sup>11</sup>. Sus habitantes eran, en su mayoría, criollos “vecinos de Santiago... [que ponían los comerciantes capitalinos] para que cuidasen de las bodegas, recibiesen, y entregasen lo que les remitían”<sup>12</sup>. Ellos y sus familias residían en estas viviendas que sin ser ranchos, eran tan modestas que no pasaban inadvertidas a los viajeros del siglo XVIII. Incluso las casas de los vecinos españoles más acomodados, y hasta los primeros años del siglo XIX, no superaron el tipo de construcciones toscas. Pobreza general que a Samuel Johnston, quien llegó de Boston un siglo después, en 1811, le pareció “pintoresca”<sup>13</sup>. Sus moradores fueron catalogados en general, como “gente de clase inferior y las últimas del pueblo”<sup>14</sup>, por Mathison en 1822, quien formuló su juicio observando las casas y la pobreza en las vestimentas de los aproximadamente 12.000 habitantes que tenía la ciudad en ese entonces.

Las casas más formales pertenecían a la gente relativamente acomodada, y aunque siempre las hubo de dos pisos y con balcón corrido, la mayoría sólo contaba con una planta, eran simples y burdas, hechas “de ladrillos sin cocer y blanqueados, que se llaman adobes”<sup>15</sup>, pero de murallas sólidas, “a veces de 4 pies de espesor”<sup>16</sup>. Las puertas, “pesadas y toscas”, en ocasiones “pintadas de un color rojo sucio, pero la mayor parte

<sup>11</sup> Frezier, M. *Relación del Viaje por el Mar del Sur a las costas de Chile y el Perú durante los años de 1712, 1713 y 1714*. En: Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*, Op.Cit. P. 34

<sup>12</sup> Jorge Juan y Antonio de Ulloa. *De la Relación Histórica del viaje a la América Meridional...* (1748). En: Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*, Op. Cit. P. 38.

<sup>13</sup> Johnston, Samuel B. *Cartas de Chile*. (1822). En: Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*, Op. Cit. P. 49.

<sup>14</sup> Mathinson, Gilbert F. *Narrative of a visit to Brazil, Chile, Perú and the Sandwich Islands*. 1821-1822. En: Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*, Op. Cit. P. 78.

<sup>15</sup> Graham, María. *Diario de mi residencia en Chile en 1822*. Santiago, Ed. Francisco de Aguirre, 1972. P. 7.

<sup>16</sup> *Ibidem*, P. 16.

completamente sin adornos<sup>17</sup>. No tenían más que una ventana, “sin vidrios, resguardada, por lo general, con barrotes de madera tallados o con rejas de hierro<sup>18</sup>, y sus techos estaban hechos con tejas de color rojo<sup>19</sup>. Así se veían por fuera las casas del todavía ínfimo plan, esto es, de gente con mejor pasar. Los foráneos visitantes observaron que al interior, sus paredes “han sido antes blanqueadas y pocos cuadritos pintados en vidrio y de ningún valor, de santos, o mártires, cuelgan en las paredes; sobre una suerte de mesa, adornada como altar, un crucifijo, una o dos mesas bajas, con pocas sillas y escaños anticuados completan el moblaje<sup>20</sup>. El suelo de las casas era enladrillado<sup>21</sup>, o, como lo vio E. Poeppig, de piedra, o “sólo raras veces está cubierto de tablas limpias de madera, pues por lo general es de ladrillos polvorientos o consiste simplemente en tierra apisonada<sup>22</sup>. Podía verse “el testero del cuarto a un pie del suelo, cubierto con alfombras<sup>23</sup> : este era el estrado.

Si así era el suelo de las casas que visitó Poeppig, cabría imaginar cuán por debajo de esta informalidad estaban los ranchos de los pobres. Era el puerto más importante de la gobernación, y luego de la República de Chile, y sin embargo, sus pobladores españoles y criollos vivían muy pobremente, y obviamente, sin ningún lujo. Distinto fue el caso de los comerciantes ingleses, franceses y alemanes, solos o con sus familias, que instalándose en los cerros Alegre y Concepción, construyeron casas de mejor gusto y de estilo europeo desde 1822, antes del gran desarrollo urbanístico que experimentó el plan entre las plazas Echaurren y Victoria.

Las casas criollas y los pocos edificios, públicos y privados, eran contruidos “con ladrillos o adobes, unidos por un elemento hecho de granito en descomposición y reducido a una pasta blanda y arcillosa. Forma este un cemento de primer orden, y si se le protege durante corto tiempo contra la intemperie, se endurece como una roca”, apuntó un interesado capellán

---

<sup>17</sup> Haigh, Samuel. *De bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*. Londres, 1831. En: Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*, Op. Cit. P. 151.

<sup>18</sup> Graham, María. *Diario de mi residencia en Chile en 1822*, Op. Cit. P. 8.

<sup>19</sup> *Ibidem*, P. 7.

<sup>20</sup> Haigh, Samuel. *De bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*, Op. Cit. P. 152.

<sup>21</sup> Johnston, Samuel B. *Cartas de Chile*. (1822). En: Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*. P. 49.

<sup>22</sup> Jorge Juan y Antonio de Ulloa. *De la Relación Histórica del viaje a la América Meridional...* Op. Cit. P. 38.

<sup>23</sup> *Eduardo Poeppig, un testigo de la alborada de Chile (1826-1829)*. En: Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*, Op. Cit. P. 111.

<sup>24</sup> Haigh, Samuel. *De bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*, Op. Cit. P. 151.

inglés en 1827<sup>24</sup>, y aportó más datos sobre construcción, observando que “muchos de los mejores edificios están contruidos con vigas de madera, llenándose los claros con filetes y argamasa”<sup>25</sup>. Sin duda, una metodología diametralmente opuesta a las construcciones de su lluviosa y húmeda Gran Bretaña natal. Había precariedad hasta en las edificaciones más dignas, porque la capilla de San Francisco tenía el aspecto de “una choza de barro”<sup>26</sup>, y aún la iglesia Matriz era de “construcción mezquina, como lo son todos los edificios públicos de Valparaíso”<sup>27</sup>. Así también los vio John Miers alrededor de 1822 entre el puerto y la quebrada de San Agustín [Tomás Ramos], donde “están los mejores negocios”, pero ocupando “edificios bajos y míseros”<sup>28</sup>.

### 3. Los ranchos<sup>29</sup>:

Casas de ricos y ranchos de pobres. Los viajeros llegados por mar distinguían claramente entre casas y ranchos<sup>30</sup>. Para los viajeros, a diferencia de la tipología de **casas**, la vivienda de los grupos populares o **ranchos** distaron mucho de ser consideradas habitables. Esta **vivienda que era pobre y del pobre** representaba por un lado, una realidad física y por otro una condición social. Allí se vivía y se convivía entre iguales, constituyendo barriadas alojadas en el centro mismo de la ciudad, por lo que era muy difícil diferenciar microespacios de marginalidad social. Como “menos que humanas” calificó a las viviendas populares E. Poeppig en la década de 1820, porque quiso ver en los “ranchos bajos” algo “casi comparable a nidos de aves [que] se hallan suspendidas... escalonadamente, en la roca

<sup>24</sup> Salvin, Hugo. *Diario escrito a bordo del buque de S.M. "Cambridge", desde enero de 1824, hasta mayor de 1827, por el reverendo Hugo Salvin, capellán*. RCHHG, Tomo XXXII, 1919. Nº 36, Año IX. Traducido del inglés por Eduardo Hillman Haviand. P. 403.

≅ Idem.

≅ Idem.

<sup>27</sup> *Ibidem*. P. 411.

≅ Miers, John. *Travels in Chile and La Plata*. Citado en Flores F., Sergio; Saavedra A., Juan. “El Valparaíso de O'Higgins en la observación de los viajeros (1817-1825)”. RCHHG, Nº 146, 1978: 181-211. P. 205.

≅ Sobre el tema de la Historia de la vivienda popular en Chile ver a García L., Patricio. “La vivienda popular chilena entre los siglos XVI y XIX”. *Revista de Ciencias Sociales*. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Valparaíso. Nº 39, 1994: 149-217; Y para una visión de la Historia de Valparaíso, que incluye a todos los grupos socio-económicos de la ciudad, ver a Urbina Burgos, Rodolfo. *Valparaíso, Auge y Ocaso del Viejo "Pancho". 1830-1930*. Valparaíso, Editorial Puntángel, 1999.

≅ “La población está formada al pie de unos cerros altos contra los cuales antiguamente chocaba la mar. Entre sus quebradas hay muchas casas y ranchos, sus habitantes pasan de 4.000”. O'Higgins, Tomás de. *Diario de viaje de Lima a Chiloé 1796-1797*. Op. Cit. P. 50.

emparejada”, pero las moradas le parecieron tan estrechas y reducidas, “que no sugieren la idea de ser habitables”<sup>31</sup>. Pero lo eran –cuyas reminiscencias todavía se ven- y hasta la palabra “pintoresco” se sigue usando como su adjetivo y como una singularidad que las identifica dentro del ámbito urbano. En Valparaíso, desde sus orígenes como caleta hasta mediados del siglo XIX cuando el rancherío fue extendiéndose por los *lomeríos*, la vivienda popular permaneció casi estática y no desapareció con el crecimiento económico de la naciente república. El lanchero y el artesano se hicieron trabajadores proletarios, pero su vivienda continuó siendo el rancho asociado a un modo de vida que más tarde dará origen al también singular conventillo porteño.

En tiempos de O’Higgins, Basil Hall hace clara diferenciación de los espacios socio-económicos que ofrecía la ciudad, porque “la gente acomodada y los comerciantes viven en las casas construidas al pie de las rocas y a lo largo de la calle del Almendral, mientras el pueblo vive en los pobres ranchos de los barrancos y quebradas”<sup>32</sup>. En general, los cerros fueron el lugar de los ranchos, y el plan de las casas medianamente formales a principios del siglo XIX. El espacio físico donde estaban situados los ranchos eran las colinas y quebradas agrestes, improductivas y desnudas, “sin más vegetación que unos cuantos achaparrados arbustos, como el cardón [cactus] y otros”<sup>33</sup>, cuyos troncos y ramas fueron incorporados como materiales de construcción. Cuando Hugo Salvin visitó el Puerto en la estación de verano reparó en la aridez y desagradable aspecto del terreno que describe como de “aspecto amarillento y ferruginoso”<sup>34</sup>. Ruschenberger dice que en octubre “los cerros altos de Valparaíso están áridos, rojizos y escuetos; apenas se ve un arbusto y solamente el cardón sobrevive a los secantes vientos del verano”<sup>35</sup>. Allí se aglomeraban las viviendas más pobres formando pequeños barrios, primero en el lecho de las quebradas, y después, en las laderas.

Las tres quebradas de Valparaíso: San Agustín, San Francisco y Juan Gómez, “en las faldas de los cerros por doquiera que se encuentre un

<sup>31</sup> Eduardo Poeppig, *un testigo de la alborada de Chile (1826-1829)*, Op. Cit. P. 109.

<sup>32</sup> Basil Hall, citado en Donoso, Ricardo. “Veinte años de la historia de El Mercurio”. *RCHHG*, N° 57, Tomo LIII, 1927: 202-232. P. 236.

<sup>33</sup> Salvin, Hugo. *Diario escrito a bordo del buque de S.M. “Cambridge”...*, Op. Cit. P. 403.

<sup>34</sup> *Idem*.

<sup>35</sup> Ruschenberger, William S.W. *Noticias de Chile (1831-1832), por un oficial de los EE.UU. de América*. *RCHHG*, Tomo XXXV, 1920. N° 39. Traducción de Eduardo Hillman Haviland. P. 202. Ruschenberger era médico, y las impresiones de su viaje fueron editadas por primera vez en *Three years in the Pacific; including notices of Brazil, Chile, Bolivia and Perú. By an officer of the United States Navy*. Carey, Lea and Blanchard. XI, 441p.

paraje adecuado<sup>36</sup> estaban llenas de ranchos y chozas “de la gente del pueblo”, laderas donde “se han construido casas en todo sitio apropiado para edificar<sup>37</sup>. Pero también, poco a poco, en las quebradas del Almendral, como en los costados del zigzagueante camino a Santiago. Una pequeña porción del plan, en El Almendral y a los pies de los cerros, fue colonizada por los más pobres de la ciudad, y posteriormente se convirtió en sector de conventillos, a los pies del cerro La Cruz. Pero en tiempos en que la visitó María Graham era llamada la Rinconada y estaba llena de simples chozas, siendo “imposible imaginar un grado mayor de pobreza que el que presentan las viviendas de los loceros de la Rinconada<sup>38</sup>. No eran trabajadores del puerto, sino artesanos, cuando el Almendral era un villorrio, allí donde un viajero anónimo apuntó, alrededor de 1830, que “a orillas del mar, construyen los pescadores sus cabañas y amarran sus canoas<sup>39</sup>. Vicente Pérez Rosales describe la situación “desierta” del Almendral en 1814, porque era sólo un refugio donde los pescadores colgaban sus redes y varaban “sus troncos ahuecados que llevan aún el nombre de canoas<sup>40</sup>. Loceros y pescadores levantaban precarias viviendas en el Almendral, antes de ser éste objeto de trazado regular de calles y construcción de casas opulentas y edificios de más de un piso, haciendo de este barrio un lugar propiamente residencial. Luego, los pescadores tuvieron que mudarse, y a comienzos del siglo XX el Dr. Valdés Cange, con su a veces exagerada dramatización, observó que vivían “en casuchas de tablas, sin desagües, al lado de la quebrada, en que se pudren en un agua verdosa los intestinos y demás despojos de los peces que no han conseguido vender y han puesto a secar al sol sobre las enramadas de sus albergues<sup>41</sup>. Pescadores y estibadores eran moradores de los ranchos de las quebradas del puerto, y en parte, itinerantes, porque pasaban el día a bordo de las “lanchas al remo que van y vienen, cargando y descargando toda clase de naves<sup>42</sup>, y que por la noche iban a dormir en la “desembocadura de la quebrada de San Francisco..., en una pequeña abertura en una parte muy inclinada, donde cierto número de casas pobres y mal construidas se amontonan de un modo extraño<sup>43</sup>, dice Miers.

---

<sup>36</sup> *Ibidem*, P. 204.

<sup>37</sup> *Idem*.

<sup>38</sup> Graham, María. *Diario de mi residencia en Chile en 1822*, Op. Cit. P. 38.

<sup>39</sup> Impresión de un viajero anónimo de alrededor de 1830, aparecido en La Estrella, 13 de enero de 1950, citado en Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*, Op. Cit. P. 135.

<sup>40</sup> Vicente Pérez Rosales, citado en Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*, Op. Cit. P. 69-70.

<sup>41</sup> Doctor Valdés Cange. *Sinceridad. Chile íntimo en 1910*. Santiago, Imprenta Universitaria, 1910 (2ª edición). P. 165.

<sup>42</sup> Ruschenberger, William S.W. *Noticias de Chile...*, Op. Cit. P. 202.

<sup>43</sup> Miers, John. *Travels in Chile and La Plata*. Citado en Flores F., Sergio; Saavedra A., Juan, Op. Cit. P. 205.

La vivienda popular urbana y porteña era, entonces, la construcción efímera donde habitaban los más desafortunados de la ciudad compartiendo la misma pobreza material y la misma marginalidad social. Debido a la estrechez del espacio, a la pobreza general y a la indiferencia de los pobres por una morada mejor, la vivienda popular urbana no pudo ser sino precaria en edificación y en ubicación. Estibadores, jornaleros y pobres en general no pudieron acceder a los lugares más ventajosos de la ciudad – o fueron desplazados de ellos -, como el estrecho terreno plano alrededor de la Iglesia y Plaza de la Matriz, o a las suaves colinas amesetadas de los cerros Alegre y Concepción, o al barrio del Almendral, que presentaba terrenos planos, y que poco a poco fueron ocupados por la clase pudiente que edificó casas sólidas y formales. Los pobres de la ciudad tuvieron que encaramarse en los cerros, de cara al mar, bajando diariamente a pie al plan a buscar el jornal en el Puerto o en la Recova. Desde los años veinte hubo una clara intención de separación residencial de unos y otros. Los ranchos del plan comenzaron a ser erradicados desde los años treinta a la par que subía el valor de los sitios urbanos. Según G. Salazar, algunos comerciantes porteños, que identifica como de la “clase rentista”, vieron en la llegada de inmigrantes -en aumento durante el siglo XIX- un negocio que sólo reportaría ganancias. Se produjo un fenómeno, al igual que en Santiago, de “arrendamiento a piso” en el que el “peonaje urbano” levantaba un rancho<sup>44</sup>. En 1844 la Municipalidad de Valparaíso ordenó arrasar “un sinnúmero de ranchos de alquiler que el mercader J.I. Izquierdo había levantado ilegalmente en “propios de ciudad”<sup>45</sup>. Erradicaciones como éstas ocurrían en el Almendral conforme se iban trazando calles y edificando casas para acoger a la elite porteña que ya no encontraba espacio en el Puerto, y también en los terrenos más planos de los cerros, como las mesetas del Barón accediendo por “la Calaguala”, o la Mesilla.

Los huasos -así les llaman algunos visitantes- podían incluso dormir “al aire libre envueltos en sus ponchos, como es costumbre en el país”<sup>46</sup>. O sobre su caballo, que se convertía en una verdadera habitación para el chileno del pueblo según Max Radiguet, porque “él y su caballo forman un solo conjunto; el huaso bebe, come y duerme montado”<sup>47</sup>. El concepto de vivienda estable y mínimo confort era ajeno al marginado urbano. Peones,

---

<sup>44</sup> Salazar, Gabriel. “Empresariado popular e industrialización: la guerrilla de los mercaderes (Chile, 1830-1885). *Proposiciones*, N° 20, 1991: 180-231.

<sup>45</sup> Archivo de la Municipalidad de Valparaíso, V. 7, Tomo I, fs. 72-3 y 77. Citado en Idem, P. 212.

<sup>46</sup> Graham, María. *Diario de mi residencia en Chile en 1822*, Op. Cit. P. 38.

<sup>47</sup> Max Radiguet. *Valparaíso y la sociedad chilena, 1847*. En: Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*, Op. Cit. P. 212.

labradores, y luego, los proletarios (como diría G. Salazar) no vieron en la vivienda un símbolo de hogar cálido y cómodo, ni menos de status social hasta que los problemas urbanos derivados del progreso, como las epidemias y enfermedades, hicieron a los pobres de la ciudad reclamar una vivienda salubre, movimiento que tiene como eje las demandas previas y posteriores a la Ley de Habitaciones para Obreros de 1906, y antes, en el Reglamento del Municipio sobre higiene en los conventillos de agosto de 1892. Pero durante el extenso período que nos ocupa los pobres de la ciudad no hicieron de la precariedad de su vivienda un problema público. Si en el campo, o en los alrededores de la recova se dormía bajo el poncho o montado en el caballo, el tener un techo era una *mejora*. Los viajeros austríacos que llegaron a Valparaíso en 1850 apuntaron, como muchos otros lo hicieron antes y después -entre ellos Joaquín Edwards Bello- que la causa de la miseria observada en las viviendas populares porteñas era la "desidia y poca disposición al trabajo [de los chilenos]...puesto que ordinariamente no trabajan más en el día lo que se necesita para hacer frente a las necesidades más premiosas de la vida"<sup>48</sup>. P. García, refiriéndose al Chile de la Colonia, opina que la ruca indígena era menos precaria que el rancho colonial campesino de los mestizos, y afirma que hubo una "decadencia habitacional desde la ruca originaria, en manos del mestizo", por una pérdida del sentido de arraigo al suelo de origen<sup>49</sup>, manifestado en la vagancia o itinerancia rural de los siglos XVII y XVIII, como la ha estudiado Mario Góngora<sup>50</sup>.

#### 4. Precaria arquitectura de la quebrada:

En Valparaíso, los ranchos iban venciendo poco a poco la gravedad y colonizando las lomas de los cerros. El trepar por la ladera exigía más ingenio que hacer la morada en el lecho de la quebrada o en los barrios llanos. La pendiente era un reto, y la respuesta fue el *palafito* de ladera, cuyo sostén requería de atención permanente por los deslizamientos de tierra y los temblores. Pero, arriba se estaba a salvo de las avenidas de agua cuando se desbordaba el estero. Se sorteaba el peligro de abajo y se asumía el peligro de arriba derrochando creatividad constructora. Se emparejaba el terreno para instalar la *casuchina* en un "escalón" ganado a la colina, y a pesar de la dificultad de trepar, dice Miers, "en muchos lugares las lomas de los cerros

<sup>48</sup> *Viaje de la fragata austríaca "Novara" alrededor del mundo, en 1859.* AUCH, Tomo XXIII, Nº 6, 1983. En: Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*, Op. Cit. P. 234.

<sup>49</sup> García L., Patricio. "La vivienda popular chilena entre los siglos XVI y XIX". Op. Cit. P. 208.

<sup>50</sup> Góngora, Mario. *Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile siglos XVII a XIX.* Santiago, Universidad de Chile, 1966.

están pobladas por solitarias casitas construidas sobre pequeñas terrazas escarbadadas en el cerro, cuya única vía de acceso es un angosto sendero serpenteante". Así lo vio John Miers en la década de los 20 del siglo XIX<sup>51</sup>.

En las laderas de los cerros, los ranchos no mostraban el aspecto de casas. Algunos visitantes expresaron que "daban la impresión de grandes nidos de pajarotes"<sup>52</sup>. Revisemos sus formas: Eran "bajos e incómodos, con techos a veces sólo cubiertos con juncos"<sup>53</sup>. Los techos de tejas se veían en las casas, pero no en los ranchos, por eso Moerenhout en 1828, los identifica como "cabañas pajizas"<sup>54</sup> esparcidas por las pendientes de las quebradas. Las descripciones de Max Radiguet, que visitó nuestro país en 1847, no reflejan otra cosa que habitaciones que asimilamos a las *mediaguas* de hoy: "Las casas, bajas y feas, pegadas por un costado al suelo y sostenidas por el otro sobre estacas dispuestas a manera de pilares, forman el más completo desorden, sin considerar en nada al vecindario"<sup>55</sup>. Era otra tipología de vivienda popular, una variante del rancho pero no tenía ni techo plano ni a dos aguas, sino sólo la mitad de éste último. No podían parecer casas a ojos de visitantes europeos. Por eso, la variedad de denominaciones que reciben: *cuchitriles*, *chirlatas*, *covachas* o *chincheles*, *casuchas* o *casuchinas*, todos términos sinónimos de ranchos durante el período que dan cuenta de una morada que no es sino una reminiscencia del toldo indígena, pero empobrecido en su texto y contexto.

Allí, vivía la familia en la estrechez y "realiza en ellos sus múltiples negocios en una sola gran pieza pelada, que se abre sin zaguán a la calle"<sup>56</sup>. Los ranchos de Valparaíso, a diferencia de los de Santiago o los del resto de Chile, no tenían espacio adjunto. Apenas se instalaban en un par de metros cuadrados mordidos al cerro, y por lo tanto carecían de patio. En su interior, se cocinaba en el fogón sobre el piso de tierra o en el brasero, se lavaba la ropa en la batea o en el estero común de la quebrada, y se colgaba en la ventana, de cara a los vientos de la bahía. No había otro lugar adyacente que la barranca, como tampoco había espacio para arreglar un *lugar* o excusado, por lo que el cuarto de baño estaba también en la misma pieza y las inmundicias eran arrojadas a las quebradas. Sin ventanas, o con una obertura que se tapaba con un pellejo, saco o tabla, al cerrar la puerta para

<sup>51</sup> Miers, John. *Travels in Chile and La Plata*, Op. Cit. P. 205.

<sup>52</sup> Ruschenberger, William S.W. *Noticias de Chile...*, Op. Cit. P. 204.

<sup>53</sup> Eduardo Poeppig, *un testigo de la alborada de Chile (1826-1829)*... P. 115.

<sup>54</sup> Moerenhout, Jacques Antoine, *Visión de Valparaíso en 1828*. En: Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*, Op. Cit. P. 129.

<sup>55</sup> Max Radiguet. *Valparaíso y la sociedad chilena, 1847*, Op. Cit. P. 212.

<sup>56</sup> Eduardo Poeppig, *un testigo de la alborada de Chile (1826-1829)*, Op. Cit. P. 115

reunirse en torno al brasero, se vivía en la casi oscuridad total<sup>57</sup> o se iluminaba con velas de sebo, ahumando el ambiente. En ocasiones de epidemias, la vida allí no podía ser peor. Un *chinchel* es descrito por un sacerdote como un rancho inmundo, el piso de tierra húmeda y fangosa, sin luz y sin otra ventilación que las rendijas de las paredes: “en un rincón del cuarto estaba el enfermo, una pobre mujer en período avanzado de viruela, yacía acostada en unos jergones horriblemente sucios, tendidos sobre el suelo húmedo; aquello – dice el cura – más era una cobija de perro que lecho de ser humano. En el cuarto vagaban cinco o seis niños haraposos, semidesnudos, sucios a más no poder y con rostro demacrado; el mayor de ellos tenía, a lo sumo, siete años. La pieza servía para toda la familia. Allí dormía la apestada y sus seis hijos en la misma inmunda cobija... El mayorcito solía conseguir pan en la calle del que comían todos”<sup>58</sup>.

Estos ranchos iban siendo construidos indistintamente con materiales muy heterogéneos, los más disponibles y los que costara menos trabajo acarrear cerro arriba. Algunos eran de barro, aunque el material utilizado por la mayoría de las del *plan* era “caña y barro”<sup>59</sup>, sin perjuicio de toda clase de tablas, o desechos de naufragios, maderas podridas, telas o harapos, cueros de animales, latas o cartones. J. Edwards Bello agrega a los materiales “latas, rieles, adoquines, totora”<sup>60</sup>, los “desperdicios de la ciudad”. Pero, siempre un solo piso porque, como afirma Eugenia Garrido refiriéndose a Valparaíso del siglo XIX, “los temblores achataron las ciudades”<sup>61</sup>. Junto con la precariedad de sus materiales y la pobreza de su aspecto, la chatura de los ranchos, les daba un aspecto vulgar y miserable, alejado de todo concepto de estética, sobre todo a los viajeros europeos para quienes la palabra ciudad significaba imponencia de sus construcciones, murallas, iglesias y castillos de material sólido. Los barrios pobres de las ciudades de América estaban hechos de viviendas *trajineras*, como en los cerros y quebradas de Valparaíso, donde los habitantes de los ranchos vivían transitoriamente en un lugar, siempre expuestos a cambiar de sitio. Viviendas

---

<sup>57</sup> Sobre el mismo tema, pero con una animosidad negativa Max Radiguet escribe en 1847: “Aquí se abre una puerta sobre un techo: una chimenea lanza grandes humaredas negras sobre una ventana abierta; allá unos cordeles extendidos soportan harapos horribles”. *Max Radiguet. Valparaíso y la sociedad chilena, 1847*, Op. Cit. P. 212.

<sup>58</sup> La Unión. Valparaíso, 14 de julio de 1905.

<sup>59</sup> *Viaje de la fragata austríaca “Novara” alrededor del mundo, en 1859*, Op. Cit. P. 234.

<sup>60</sup> Edwards Bello, Joaquín. *Memorias de Valparaíso*. Selección de Alfonso Calderón. Santiago, Editorial Zig-Zag, 1969. P. 73.

<sup>61</sup> Garrido, Eugenia. “Cuando Valparaíso se asomó al siglo XIX. *Atenea*, Nº 453-454. Universidad de Concepción, 1986.

temporales y efímeras a la espera del próximo invierno en que se la llevará la corriente. De allí también la elementalidad de su construcción<sup>62</sup>.

El desafío de la topografía, el ingenio popular y restos de naufragios dieron a los ranchos de Valparaíso una fisonomía única con respecto a los observables en el resto de Chile. En el invierno “prevalece el viento norte que produce un oleaje tan fuerte dentro de la bahía, que las naves, rompiendo a veces los cables, se estrellan contra la playa, donde muy luego se destrozan”<sup>63</sup>, y los pobres de Valparaíso acudían al puerto a recoger los restos, como acudían también a recoger restos de casas y escombros luego de los terremotos o incendios en el plan. Los ranchos porteños se modificaban constantemente, se rehacían cada otoño para esperar el invierno, se reforzaban, se trasladaban, o se les agregaba un pasillo o balcón. Algunos se hacían más estables y se transformaban en casas, a otros se les ponía “balcón volado”, tipología porteña que distingue G. Guarda<sup>64</sup>. Así, los ranchos se iban haciendo más porteños y de fisonomía diferente de los *guangualíes*<sup>65</sup> marginales santiaguinos, y además, perduraron en el tiempo sin que haya sido posible erradicarlos (hasta hoy) de los lugares más centrales de la ciudad, como el sector de la Matriz. A pesar de que la Ley de Transformación de Valparaíso prohibía, desde 1876, la “construcción de ranchos o galpones de madera o de otro material combustible y techos cubiertos con esta clase de material”<sup>66</sup>, los ranchos sobrevivieron. El censo general de 1885 nos ilustra acerca de las 21.249 viviendas porteñas que existían ese año: 10.805 casas, 9.828 cuartos (cuartos redondos o piezas de conventillo) y 616 ranchos<sup>67</sup>. Permanecieron los ranchos, infringiendo la Ordenanza, se diversificaron e incluso se instalaron al interior de los conventillos, como el que se encontraba en la subida Canciani y que era “una especie de conventillo que se compone de

<sup>62</sup> De cómo terremotos, temporales, epidemias, incendios, en suma, el acontecer infausto porteño forjó una mentalidad particular en sus habitantes, ver a Garrido, Eugenia. “Acontecer infausto y mentalidad: el crimen en Valparaíso”. Tesis para optar el grado de Magister en Historia, Universidad Católica de Valparaíso, 1991.

<sup>63</sup> Ruschenberger, William S.W. *Noticias de Chile...* Op. Cit. P. 202.

<sup>64</sup> Guarda, Gabriel O.S.B. *Historia Urbana del Reino de Chile*. Edit. Andrés Bello. Santiago, 1978. P. 234.

<sup>65</sup> De Ramón, Armando. *Santiago de Chile (1541—1991) Historia de una sociedad urbana*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2000. P. 97. *Guangualíes* (que significa pueblo o población de indios) o *aduares africanos* fue la denominación que el Intendente de Santiago B. Vicuña Mackenna dio a los rancharíos de Santiago en la década de 1870.

<sup>66</sup> Ley de Transformación de Valparaíso. Santiago, 6 de diciembre de 1876. Aprobada por el Congreso Nacional. En: *Recopilación de leyes, ordenanzas, reglamentos y demás disposiciones vigentes en el territorio municipal de Valparaíso sobre la administración local*. Valparaíso, Babra y Ca. Impresores, 1902.

<sup>67</sup> Archivo Intendencia de Valparaíso. Vol. 544. Censo General de 1885.

varios ranchos que se encuentran en estado inhabitable<sup>68</sup>. Era su rasgo de insalubridad lo que provocó la denuncia del inspector municipal, y no la existencia misma del rancho, que atentaba contra la Ley antes citada.

Condicionado por el terreno, el porteño insistía en ir en contra de la ley de gravedad, y a fuerza de persistencia “ha pegado su habitación como el marisco su concha”<sup>69</sup> en estas quebradas y desfiladeros, valiéndose de “una ingeniosa construcción de pilares entrecruzados”<sup>70</sup>, que era la única manera de mantenerse en pie. La Unión, en 1911 observaba que en el cerro de las Monjas se podían ver “verdaderos milagros de equilibrio”, porque los ranchos “se tambalean en el aire”, se sostienen “con un pie como las grullas... [y] se afirman en cualquier parte como borracho que se apoya donde puede para no caerse”<sup>71</sup>. Los pobres no tenían edificar su casa en un barranco, como lo constata J. Edwards Bello, que en la Plaza del Orden vio “un precipicio del cerro, inmediatamente debajo de un cementerio” en el que había un letrero anunciando su arriendo, y se preguntó “quién será el gato montés capaz de alquilar este barranco con un declive a plomo. Para encumbrar volantines, acaso”<sup>72</sup>. Se accedía a los ranchos con la fatiga de encumbrarse por las quebradas cerro arriba, para después tomar alguno de los “senderos tortuosos, desechos, huellas hechas callejuelas sólo por el tráfico del ir y venir, y con algunos puentecillos contruidos con tablas angostas y vacilantes”<sup>73</sup>. Era la arquitectura efímera de la ladera.

Sorprendió a los viajeros que llegaron luego de la Independencia de Chile, a una ciudad que no parecía tal, cuando la sola idea de ciudad americana era sinónimo de trazado geométrico y orden, y aún más, siendo Valparaíso el primer puerto de la República, pudieran sus gentes –los habitantes más pobres de la ciudad son siempre los más numerosos– mostrar tan crudamente “las lacras de la miseria”<sup>74</sup>. Sin embargo, aunque los ranchos eran pobrísimos, eran propios. Un espacio ganado al cerro, de facto y sin título sobre el suelo, pero era la morada de una familia. El hombre la identificaba con su presencia, su nombre o su apodo, y la mujer le daba

- 
- <sup>68</sup> Archivo Municipal de Valparaíso. Alcaldía Municipal. Vol. 232. Inspección de Servicios Municipales, 1913. Nº 944. 25 junio 1913.
- <sup>69</sup> Jotabeche. El Mercurio, 27 de agosto de 1843. En: Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*, Op. Cit. P. 189.
- <sup>70</sup> Walpole, Federico. *Visión de Valparaíso al finalizar la 1ª mitad del siglo XIX*. BACHH, Año III, Nº 6, 1935. En: Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*, Op. Cit. P. 200.
- <sup>71</sup> La Unión. Valparaíso, 31 de marzo de 1911.
- <sup>72</sup> Edwards Bello, Joaquín. *Memorias de Valparaíso*. Op. Cit. P. 73.
- <sup>73</sup> Max Radiguet. *Valparaíso y la sociedad chilena, 1847*, Op. Cit. P. 212.
- <sup>74</sup> Moerenhout, Jacques Antoine, *Visión de Valparaíso en 1828*. En: Calderón, Alfonso. *Memorial de Valparaíso*, Op. Cit. P. 129.

calidez porque allí nacían y se criaban los niños, se cobijaban a medias de la lluvia, se protegían de las epidemias, pero también era, en cierto modo, el infierno, porque mientras más reducido es el espacio de la vivienda, más y peores conflictos pueden esperarse entre sus moradores, que además deben renunciar a toda privacidad. El hacinamiento de los ranchos porteños fue, al parecer, peor que los de Santiago. La topografía del lugar jugaba en contra, y esta situación resalta aún más en el caso de los conventillos porteños respecto de los santiaguinos de comienzos del siglo XX. Valparaíso no tenía espacio para crecer en el plan, y vivir en altura traía aparejado otro problema que no estuvo presente en la capital: la falta de agua, pues el sistema de bombeo del agua potable no podía llegar más allá del Camino de Cintura. Había, en consecuencia, que concentrarse y no expandirse, viviendo tan ceñidos unos ranchos con otros, que Moerenhout se sorprendió y apuntó que en los ranchos de las quebradas “se apiña una población numerosa, sorpresa que resuelve la incógnita de cómo en una ciudad con una sola calle, tenga una población de 25.000 habitantes, lo que se explica, después de un atento estudio, por esta distribución original de su demografía”<sup>75</sup>. La misma impresión tuvo Federico Walpole, teniente de la Armada Real inglesa un par de años antes de 1850, opinando que “si se sube por estas quebradas y se ven las multitudes que viven en ellas, uno no se asombra de oír que Valparaíso contiene más de 40.000 habitantes”<sup>76</sup>. Los cerros iban llenándose de ranchos y chozas, siendo imposible precisar la cantidad. Antes de la medianía del siglo eran innumerables y “se levantan dondequiera resulta posible nivelar un pedazo de terreno de cuatro o cinco yardas cuadradas”, comunicándose con el plan por senderos “escasamente accesibles para las cabras”<sup>77</sup>.

Los infortunios a que estaban sometidos los habitantes de toda la ciudad eran sentidos con mucha más crudeza por los pobladores de los ranchos, las chozas y las casitas misérrimas en la quebrada traicionera. Lo inseguro, lo incierto, marcaba también la psiquis. Las lluvias las convertían en verdaderos ríos de barro y desperdicios que “suelen causar considerables perjuicios en el invierno por lo repentino y violento de su crecer. Anualmente son destruidos así muchos ranchos y se pierden no pocas vidas”<sup>78</sup>. Sin embargo, la persistencia del porteño, un poco indiferente ante tanto mal deparado por la naturaleza como castigo a su insistencia en habitar un sitio

<sup>75</sup> Moerenhout, Jacques Antoine, *Visión de Valparaíso en 1828*, Op. Cit. P. 130.

<sup>76</sup> Walpole, Federico. *Visión de Valparaíso al finalizar la 1ª mitad del siglo XIX*, Op. Cit. P. 200.

<sup>77</sup> Longeville, Richard. *Campañas y cruceros en el Océano Pacífico*. Citado en Flores F., Sergio; Saavedra A., Juan, Op. Cit. P. 208.

<sup>78</sup> Idem.

tan poco apropiado, les llevaba "a pesar de las reiteradas advertencias... a edificar en la primavera próxima en los mismos sitios en que vieron barridas sus cabañas"<sup>79</sup>, y reedificadas, aprovechando los mismos materiales arrastrados por las lluvias desde lo alto del cerro. El porteño persistía (y persiste) en habitar su ciudad encaramada.

En una topografía así, los barrios eran de disposición vertical, lo opuesto a todo esquema horizontal de sociabilidad. No había calles entre unos cerros y otros antes de la construcción del Camino de Cintura a fines del siglo XIX. Hasta entonces sólo existían las angostas quebradas para subir y bajar. Por lo mismo, la sociabilidad se hacía de abajo hacia arriba a lo largo del sendero, o de la vivienda de abajo con la de arriba, o desde las ventanas a modo de balcones improvisados. La verticalidad ha sido uno de los tantos obstáculos superados casi de manera inconsciente por los porteños. Basta mirar a los niños de hoy, capaces de jugar al fútbol en una pendiente de 40°. Pero la quebrada no sólo era el camino al mismo tiempo que el patio de juegos y lugar de encuentro de la vecindad, sino también el basurero, porque todos los desperdicios, restos de comidas, agua del lavado de la ropa, orines, animales muertos y borrachos que no lograron llegar a su rancho la noche anterior, amanecían en las quebradas. Allí se iba formando un fango pestilente que las lluvias invernales se ocupaban de lavar y enviar al plan. Por eso, las calles del "centro" anteriores a la segunda mitad del siglo XIX eran, además de estrechas, "angostas y torcidas... por lo general sumamente asquerosas, debido a las inmundicias que se permite acumular en frente de las puertas de calle"<sup>80</sup>, más la proveniente de los cerros, junto al polvo en verano y el barro en invierno, los excrementos de burros y animales que por allí transitaban.

A medida que Valparaíso iba creciendo en importancia como *entrepot* del Pacífico - evidenciado en la cuantía de las entradas aduaneras, el número de embarcaciones arribadas, las inversiones inglesas y norteamericanas y la riqueza que traía consigo<sup>81</sup>- crecía también en número de habitantes ricos y pobres. Son los pobres de la ciudad los que ejecutan bajo sus hombros la faena de carga y descarga "desde la orilla de la playa a las lanchas y de

---

<sup>79</sup> Idem.

<sup>80</sup> Salvin, Hugo. *Diario escrito a bordo del buque de S.M. "Cambridge"...* Op. Cit. P. 403.

<sup>81</sup> Garreaud, Jacqueline. "La formación de un mercado de tránsito. Valparaíso: 1817-1848". *Nueva Historia*, Año 3, N° 11. Londres, 1984: 157-236. Uno de los grandes aciertos de este artículo, está en la indagación del momento exacto de la transformación económica de Valparaíso. En 1817 la ciudad era aún poco más que una caleta, y en 1848 era ya una urbe llena de actividad, grande y rica.

éstas a tierra... sumidos en el agua hasta los pechos"<sup>82</sup>, como constata Diego Portales en 1822. Había trabajo -aunque la remuneración no permitía salir de la pobreza- no sólo para jornaleros portuarios, sino que para lavanderas, "gremio que abunda notablemente en Valparaíso"<sup>83</sup>. Estos eran los habitantes de los rancheríos de los cerros: trabajadores del puerto y sus mujeres lavanderas, vendedores ambulantes, prostitutas, artesanos y otros que se fueron perfilando a medida que la ciudad iba siendo polo de atracción: unos llegaban desde Santiago a los bancos y compañías navieras. Otros lo hacían premunidos de sus ahorros desde el valle del Aconcagua a comprar un bote para trabajar en el puerto. Los más, en busca de cualquier ocupación. Así se poblaban las quebradas y laderas.

Conforme crecía demográficamente Valparaíso, la situación de la vivienda popular iba diversificándose. Aparecen los *cuartos redondos* y los *conventillos*, para albergar allí no una, sino, 10 o más familias, al igual que en Santiago, y con ello, sin embargo, la situación de los pobres no mejoró ya que "de la insalubridad del rancho se pasó a la del conventillo, y ésta -dice Salazar- en todos los aspectos, resultó peor"<sup>84</sup>. El rancho urbano, así como su versión campesina tan prolijamente descrita por María Graham, era una vivienda precaria, estrecha y miserable, pero en cierto modo mejor que el "matadero humano" como se ha llamado al conventillo.

---

<sup>82</sup> Citado en Flores F., Sergio; Saavedra A., Juan, Op. Cit. P. 199.

<sup>83</sup> Longeville, Richard. *Campañas y cruceros en el Océano Pacífico*, Op. Cit. P. 208.

<sup>84</sup> Salazar, Gabriel. Op. Cit. P. 218.